

Hoy será trasladado a Bilbao el cadáver del maestro Arámbarrri

A las diez, funeral de "corpore insepulto" en la parroquia del Pilar

Sufrió un ataque de angina de pecho cuando dirigía la Banda Municipal en el Retiro y falleció poco después

A las una menos cinco de la madrugada de ayer, lunes, falleció en su domicilio el director de la Banda Municipal de Madrid, don Jesús Arámbarrri. Una hora antes había subido por última vez al templo del Retiro para dirigir a sus profesores. Se encontraba mal en ese instante. "¡Qué calor hace!", había dicho al terminar la primera parte, con el paso doble "Royalti", el "Capricho italiano", de Tchaikovsky, y "El aprendiz de brujo", de su maestro Paul Dukas. Bajó del quiosco y le dijo a su esposa que se encontraba mal. Pero no se "vió" grave. Charló con ella, explicándole que le había costado mucho trabajo el "Capricho".

—Quizá no lo hemos ensayado bastante...

A las doce y cinco volvió a subir. El semblante, pálido. El gesto, nervioso. No les hizo su guiño de "buena suerte" a los profesores...

Al terminar la primera obra de la segunda parte, "Fra Diavolo", cayó en manos de sus profesores. Y cincuenta minutos después moría en su casa.

Una angina de pecho...

Uno de los profesores de la Municipal, don Mariano Sanz de Pedre, nos lo cuenta:

—Los dos primeros compases de la obertura los dirigí normalmente. Pese a todo. En el tercero se llevó violentamente la mano izquierda al pecho, dolorido. Parecía que iba a desvanecerse... Sin embargo, siguió en pie. Al pie del atril. Con su música y al frente de sus músicos. Continuó dirigiendo con fatiga, resoplando, cambiándose de mano la batuta y llevándose alternativamente al pecho la que le quedaba libre. Quiso apoyarse en el atril y no pudo. Pero tampoco podía, no quería interrumpir la obra, aunque alguno de los profesores se le insinuaba con el gesto. El último compás lo «marcó» violentamente... Pareció como si estoqueara «a la partitura»...

MINUTOS DE ANGUSTIA

Estaba blanco como la nieve. Un «chelo», don Luis Fernández Arias, y el flauta solista, don Francisco Maganto, los más próximos en el quiosco al maestro director, le acogieron en sus brazos. Con ellos saltó como una centella arriba desde el público un madrileño, «seguidor número 1» de la Municipal. Subió la esposa del maestro. Fueron minutos de angustia y confusión. Todos creyeron que le había sentado mal la cena. «Un corte de digestión...» Era algo peor. El doctor Ramírez-Cárdenas, espectador también, diagnosticó urgente:

—Llévenle a casa en seguida. Yo voy detrás en mi coche.

En un taxi, el enfermo y sus acompañados. Detrás, el Volkswagen del médico. Pero en el barullo el segundo vehículo perdió la pista del primero. El público despidió con una formidable ovación al insigne músico enfermo cuando el taxi arrancaba...

Ya en casa, el maestro Arámbarrri tomó una taza de manzanilla. Y habló:

—Tenía que haber seguido el concierto

No imaginaba que su fin estaba próximo. Llegó otro médico, avisado urgentemente. Ya, inútil. De pronto—era la una menos cinco del lunes—un estertor...

Había muerto don Jesús Arámbarrri. En el programa de la Banda Municipal del domingo 10 de julio de 1960 en el Retiro habían quedado sin director el andante de la "Cassation", de Mozart, y la fantasía de "Doña Francisquita", de Amadeo Vives.

LA ÚLTIMA FIRMA

—Firma. Jesús...

Fué la última firma del maestro, el mismo domingo, a las ocho de la noche. A esa hora, doña Josefina, su esposa, había terminado de pasar en limpio los apuntes de las reflexiones de unos ejercicios para matrimonio, organizados por el Movimiento Por un Mundo Mejor, que ambos habían realizado unos días antes en La Granja.

—Firma. Jesús. Ya he firmado yo, y así cuando reparemos estos propósitos nos acordaremos...

Era un hombre piadosísimo, católico ejemplar. "Había comulgado esa misma mañana", nos dice alguien. Comulgaba, como doña Josefina, a diario.

Cinco horas antes de morir firmaba el último documento de su vida. Un precioso documento. Después cenó normalmente. Más tarde el matrimonio fué a visitar a la esposa de un familiar hospitalizada en la clínica del doctor Parache. Desde allí, a las diez y media, la pareja emprendió, calle O'Donnell abajo, el camino del Retiro. A pie. Era también el último paseo del maestro.

DESFILE INCESANTE ANTE EL CADAVER

Ayer el desfile de personalida-

des fué incesante por el domicilio mortuorio, avenida de los Toreros, número 55. El ministro de la Gobernación, el alcalde de Madrid, multitud de personalidades que "no caben" en la croniquilla triste, pasaron por la casa. A última hora de la noche, las coronas llenaban el portal, el rellano del ascensor, los primeros escalones. La casa, abarrotada. Familiares, amigos, la viuda, la hija única, María de los Angeles, que regresó urgentemente de un pueblo de Murcia, donde pasaba unas vacaciones en un colegio de monjas... Y estaban en guardia casi permanente los profesores de "su" Banda Municipal. Artistas, hombres con ojos de ganas de llorar o de haber llorado. Y estaba el maestro don Victorino Echevarría, recién llegado de Bilbao al conocer la noticia. Pasó la noche en vela

EL MAESTRO JESUS ARAMBARRI

¡Qué dolor tener que dar cuenta de la muerte de una persona como Jesús Arámbarrri, tan buen músico, tan excelente persona! Porque este bilbaíno cien por cien, con su vida ejemplar de dedicación al estudio, en constante deseo de superación—a pesar de ser una figura cumbre en la música española—y de afabilidad en el trato e innata bondad con sus colaboradores, cuenta con la admiración y el cariño de todo el mundo.

No he de trazar una biografía suya; sólo señalar su gran labor al frente de la Orquesta Municipal de Bilbao—por él creada—, y posteriormente en Madrid en la Banda Municipal, que desde 1954 estaba bajo su dirección. Al frente de ella ha caído; en acto de servicio, envuelto en las armonías que han constituido su vida; unas veces siguiendo la inspiración de otros autores; otras, la su-

ante el cadáver. Estaba deshecho. Y se tiene que volver a Bilbao. Pero...

EL DOMINGO, CONCIERTO "IN MEMORIAM"

—El domingo dirigiré el concierto "in memoriam" del maestro. En el programa, seguramente, y no sé en qué orden, la "Marcha fúnebre", de Chopin; el "Angelus", de Massenet; la "Incompleta", de Schubert; la "Marcha solemne", del maestro Villa; el "Ave María", de Schubert, quizá como final y en medio, "Viento Sur", del pobre Arámbarrri...

En la pequeña habitación contigua, a la entrada de la casa, el cadáver, envuelto en un sudario blanco, del autor de ese "Viento Sur", el maestro Arámbarrri, cuyo atril estará vacío el domingo. Sus profesores, los de su Banda Municipal, lucirán lazadas de luto.

HOY, FUNERAL Y TRASLADO A BILBAO

Esta mañana, a las diez, habrá un funeral "de corpore insepulto" en la parroquia del Pilar, en la calle del Conde de Peñalver. Después el féretro será llevado a Bilbao, donde recibirá cristiana sepultura. Dicen que allí el cadáver será recibido en la catedral. Lo que sí sabemos es que ayer telefonaron desde Vergara (Guipúzcoa):

—¿Dónde es el entierro...? En Madrid o en Bilbao, el Orfeón Vergarés estará allí...

El llorado maestro Arámbarrri iba cada año a dirigir gratuitamente a los cantores de Vergara.

El anecdótico llenaría cuartillas y cuartillas. Ahora sólo cabe rezar por su alma.

TEMPUS

ya propia. Porque Arámbarrri era compositor y bueno. No es abundante su producción, pero sí de calidad. Y es que era un músico completo, que también cultivaba el profesorado, desempeñando una cátedra de Armonía en el Real Conservatorio de Madrid. Sus actuaciones como director de orquesta han sido numerosísimas, y no sólo ha dirigido las mejores orquestas y corales españolas, sino que diversas veces ha ido al extranjero, cosechando grandes éxitos, que no modificaron su natural modestia. Era un compañero inestimable, de naturaleza bondadosa, cristiana, y su prematura desaparición ha de ser hondamente sentida por cuantos le conocieron y por los aficionados al arte musical, en el cual tanto representaba.

Mi homenaje con todo cariño y admiración.

José María FRANCO

De "La Pasión de San Mateo" a "La consagración de la primavera"

Jesús Arámbarrri Gárate había cumplido hace tres meses cincuenta y ocho años. Profundamente vasco en su estirpe y su carácter, Arámbarrri nació en Bilbao y fué su propio padre, grande aficionado, quien le dió las primeras lecciones musicales. Estudió en el Conservatorio bilbaíno con Guridi, Basabe y Fúster, y marchó después, pensionado—el primer pensionado—por la fundación Juan Carlos de Gortázar, a París, donde fué sucesivamente discípulo de

Paul Le Flem y—como Joaquín Rodrigo—de Paul Dukas. En Basilea siguió, hacia 1932, un curso de dirección de orquesta con el famoso director alemán Félix Weingortaer. Vuelto a su patria pocos años después, Arámbarrri obtuvo por oposición la dirección de la Banda Municipal de Bilbao, y ante la excelencia de los ejercicios realizados asume a su vez la de la Orquesta Sinfónica de la capital vizcaína.

Tal fué el arranque de una brillante carrera de director, que culminó en su nombramiento, hace seis años, como titular de la Banda Municipal de Madrid. (Arámbarrri era "batuta" habitual en el "podium" de las principales orquestas españolas, desde la Nacional hasta la del teatro del Liceo de Barcelona.)

Esta multiplicación de su actividad directorial le impuso cierta parquedad en las tareas de composición, para las que estaba, sin embargo, altamente dotado. Un cuarteto juvenil, «Improntus», «Preludios» y una «Elegía» para orquesta, su poema «Castilla», sus «Ocho canciones vascas», para soprano y gran orquesta; otra «Elegía» a la muerte de Manuel de Falla y el poema «Vic'to Sur», estrenado, si mal no recordamos, por la Orquesta Nacional en 1952, sobresalen en la obra de este fino cultivador, de un lirismo de tiernas y húmedas raíces, de un suave impresionismo, asordinado, encapotado, como su mismo cielo vasco, dentro de la línea de los grandes antecesores regionales—Isasi, Guridi, el padre Donostia—; pero por encima del director y del compositor brilla en Arámbarrri su profunda vocación de músico total, que le llevaba, por ejemplo, al esfuerzo de montar "La Pasión de San Mateo" en un concierto que será memorable entre los aficionados madrileños, o a colocar, ante el asombro del propio Strawinsky, entonces en Madrid, «La consagración de la primavera» en los atriles de la Banda Municipal.